

—¡Qué curioso! Y ha llegado a segundo marido. De testigo a...

—A reo.

—¡Que tristeza el primer matrimonio! El marido la dejó al pie de la escalera municipal.

—Pero ¿por qué?

—Porque estaba loco.

—Comprendo que uno enloquezca después de quince días de experimentación. Pero ¿de repen e? Por lo tanto no la ha tocado nadie.

—Me parece que no.

También Iluska pensaba en la primera boda, que hasta en medio de su ambiente de hostilidad había sido más honesta y recatada que la contradanza de intestinos desencadenada ahora en torno a su dolor.

—Queremos flores de azahar—dijo una señora.

—Cogedlas—se resignó Iluska. Y ofreció su rubia cabeza a todas aquellas manos grasientas de comida.

—Mirad, queridos y felices esposos—advirtió el subteniente veterinario—no os queda tiempo que perder.—Y mostró su reloj de pulsera.

—Son las cuatro. El tren sale a las seis.

Movimiento de contramarcha y de abrigos; cambio de sombreros; cada hombre, un clavel en el ojal; las señoras buscan papel para envolver las flores. ¿Un periódico que no sirva?

Abrazos; sillas que cambian de sitio; saltos de espíritu del tío espiritual. En cada familia hay un tío espiritual que «dice unas cosas...» y «hace siempre una de las suyas...», y regala cajitas que, apretando un botón, tocan la marcha real, o revólvers que al dispararlos sueltan perfume.

Las maletas estaban ya cerradas. Iluska se quitó el velo, la cándida librea del estupro, y se puso un traje sastre gris. El marido estaba abajo, en automóvil.

Empurpurada de rubor, la tía llevó aparte a Iluska, y después de unas temblorosas reticencias, empezó así:

—Como no tienes madre, me corresponde a mí tocar esta cuestión delicada.

Y le espetó ese discurso de ocasión, que es como la toaleta espiritual, psicológica y genial de la condenada a la noche de bodas; es el vademecum de la desfloración; la preparación concentrada para los misterios de la alcoba; el curso rápido de fisiología sexual, que podría titularse: «Qué es el marido y manera de usarlo». La moral impone que toda señorita contraiga matrimonio sin saber nada de eso; y una vez llegado el matrimonio, antes de que entre en la cámara nupcial, la madre, o quien haga sus veces, le quita la venda; hasta ese momento, ella ha tenido que ignorar, como los caballos de las corridas de toros en España, a los que se venda un ojo para que reciban la cornada sin saber de dónde viene.

Afortunadamente eso no sucede más que en la teoría, porque en la práctica, nuestras muchachas, antes de llegar al matrimonio, encuentran quien les quite la venda de los ojos y de todos los sitios.

Iluska comprendió, ya desde las primeras palabras, el argumento de aquella conferencia.

—¡No me fastidies, tía! ¡En estas cosas te puedo yo dar lecciones a ti!

Entonces la tía se volvió al esposo, suplicándole que tratase bien a aquella pobre niña inocente.

Bendiciones. Poesía de la chica de la portera. Cambio de enhorabuenas y de apretones de manos.

El mecánico puso en marcha el motor.

—¡Al fin solos!—declamó el subteniente veterinario, cuando se hubo cerrado la portezuela del tren.

Donatella lloraba viendo a su hermana, instalada allá arriba, en la jaula errante, detrás del cristal. El profesor negreaba a su lado, paternal.

—¡Qué bella jornada!—musitó Donatella.

—¡No os pongáis al aire!

—¡No saquéis fuera la cabeza!

—¡Las llaves de la maleta están en tu bolsol

—¿Habéis puesto las sales?

—¡Cuidado!—suplicó la tía: y miró con ojos implorantes al esposo.

—Tenéis un gran día.

(Esta profunda observación la habían hecho ya tres veces. Pero la culpa era del tren, que no pararía nunca).

—¡Un sol magnífico!

—¡Y de buen pronóstico!—gorjeó la tía.

—Vuestra vida — enunció el lírico subteniente veterinario—será toda poesía.

—De pie forzado—respondió secamente la esposa. En una rigidez de autómatas, sonrió glacial, mientras el tren pasaba revista a una hilera de pañuelos agitados al aire.

—¿Estás cansada, Iluska?

—Sí.

—Sentémonos. ¿No me dices nada?

—Déjeme tranquila.

El profesor se hizo prestar por un vecino la guía. Y la consultó.

Bajaron de noche en una gran ciudad. Mientras el marido dirigía la colocación de maletas y sombrereras en el ómnibus del hotel, ella miraba el cielo. Maravilloso. Hasta el estúpido cielo parecía mostrar un chaleco fantasía bordado de estrellas.

—Esta habitación está orientada al Norte—sentenció el profesor, al entrar. Y dijo un verso de Virgilio. El camarero le rogó que escribiera nombres y procedencia. Iluska, desplomada en una silla, miraba con envidia a la mujer que le llevó un jarro de agua caliente.

Se dejó quitar el sombrero y desabrochar la chaqueta.

—¡Amor!—viscoseó el marido.

Indiferente como un autómatas, contestó que sí a cuanto se le preguntaba.

—Estas camisas las he comprado hechas y me han

costado cuarenta liras, pero me están como a medida.

Iluska miró las camisas.

—Me han traído también camisetas de malla. No me las pongo en verano.

Iluska admiró las camisetas de malla.

—Parece pequeña esta maleta y, sin embargo...

Iluska admiró la increíble capacidad de la maleta.

—Y ahora a la cama.

La esposa empezó a desabrocharse.

—¡Ah! no: esta alegría quiero tenerla yo.

Se dejó desnudar como por un médico: sin pudor, sin rubor, sin repugnancia. Había perdido la voluntad.

Cuando estuvo desnuda del todo, el profesor se asombró de una particularidad; una particularidad común a los zingaros de ciertas tribus. En París, en el estudio de un pintor de Montparnasse, había conocido Iluska a una zingara que le servía de modelo; estaba depilada toda ella, y tenía en el cuello un dije con un ojo entre dos cruces. También ella, desde entonces, borraba casi cada día la sombra animal de su enjuto vientre de niña.

—¿Sabes? ¡Estas cosas no me gustan!—dijo el marido, con forzada sonrisa.—Parece como si hubieras tenido ciertos parásitos de los que no pudo verse nunca libre el rey Carlos II de Inglaterra.

Ella no respondió. Otro hombre, ante la revelación de aquella limpia desnudez, casi asexual, hecha infantil por la navaja, hubiérase encantado como ante un milagro de pureza.

Comprendiendo que se había excedido en su severidad, el profesor la besó en la frente:

—*Amor non talia curat.* El amor no repara en estas cosas.

Y empezó a desnudarse. Puso el reloj de níquel en la mesita de noche, y lo envolvió en tres vueltas de cordón negro, con la calmosa meticulosidad del

confitero esteta ocupado en caligrafiar una torta. Extendió la americana sobre el respaldo de una silla.

Y entre tanto, pensaba que el momento difícil había llegado, y echaba de menos los tiempos en que el príncipe, gozando del *jus prime noctis* (1) relevaba a sus queridos vasallos de la ingrata operación.

—¿Qué haces?—preguntó a Iluska, viéndola bajar de la cama y ponerse un pijama rojo de seda.

—Me peino.

Había poca luz en el tocador. Ella tardaba. Cuando el profesor se puso la camisa de noche, preguntó:

—¿Estás aún ahí?

—Ya lo ves.

Entre el peine y los cabellos brotaban pequeñas chispitas. ¡Cómo se interesaba Mauro por aquella electricidad de su cabellera! El mismo quería peinarla, en aquel cuarto del hotel desde donde se veía el Danubio, y desde donde la isla de Santa Margarita parecía una almohada de flores.

—¿Chispas?—dijo el profesor.—Me asombras. Te peinarás mañana.

Y la llevó al lecho.

—Quítate esos pantalones, Iluska. La mujer en pijama no me gusta. Parece pederasta.

Tapado: hasta el cuello, la estrechó entre sus brazos vellosos contra su veloso pecho, y le puso sobre su delicado rostro los pavorosos bigotes merovingios.

—No, esta noche, no—gritó Iluska, cruzando las piernas y retorciéndolas como si fueran cordeles.

—Si—balbuceó él, anhelante: y con una rodilla tra'ó de separar las rodillas de ella.

—¡Déjame, estoy cansada!

Pero él la quiso a toda costa, porque el yacer con una virgen era ya estado de fornicación.

Solamente a las muchachas honradas que se llevan

(1) Derecho de la primera noche, o de pernada.

al altar y a las prostitutas que de la calle se llevan discretamente a la alcoba, se las puede traspasar sin la ternura de un preludio.

Oprimida bajo su peso, ella volvió de un lado la cara, para defenderse del repugnante oír de brillantina rancia que exhalaban los bigotes de acento circunflejo; y mientras el macho hacía los más desesperados esfuerzos para mostrarse tal, ella leía en la pared de en frente un cartel escrito en cuatro idiomas:

«El propietario no es responsable de los valores que no se le confien. Quien no deje la habitación antes de las primeras catorce horas, se considera...»

Cuando hubo terminado, el profesor se abandonó, medio desvanecido, sobre la frescura de las sábanas.

—¿Duermes?—preguntó poco después a la esposa.

Méltta veía entonces un lago alpino, un gran mechón de árnica, esponjoso como una almohada, un maravilloso dosel de infinito, y un hombre que la había tomado por amor, a quien se había entregado por amor, en un abandono completo de todos los sentidos: sus cuerpos se habían fundido de tan admirable manera en aras del amor, que parecían propiamente un solo cuerpo, sin que nadie hubiera podido decir cómo se juntaron. Se había sentido tan íntimamente traspasada que la carne de Mauro le parecía su propia carne, como si ella fuese verdaderamente ella, y la vida verdaderamente la vida, sólo cuando Mauro la hacía suya.

Suspiró.

—¿En qué piensas?—preguntó el profesor, buscándole un pecho.

—En ti.

confitero esteta ocupado en caligrafiar una torta. Extendió la americana sobre el respaldo de una silla.

Y entre tanto, pensaba que el momento difícil había llegado, y echaba de menos los tiempos en que el príncipe, gozando del *jus prima noctis* (1) relevaba a sus queridos vasallos de la ingrata operación.

—¿Qué haces?—preguntó a Iluska, viéndola bajar de la cama y ponerse un pijama rojo de seda.

—Me peino.

Había poca luz en el tocador. Ella tardaba. Cuando el profesor se puso la camisa de noche, preguntó:

—¿Estás aún ahí?

—Ya lo ves.

Entre el peine y los cabellos brotaban pequeñas chispitas. ¡Cómo se interesaba Mauro por aquella electricidad de su cabellera! El mismo quería peinarla, en aquel cuarto del hotel desde donde se veía el Danubio, y desde donde la isla de Santa Margarita parecía una almohada de flores.

—¿Chispas?—dijo el profesor.—Me asombras. Te peinarás mañana.

Y la llevó al lecho.

—Quítate esos pantalones, Iluska. La mujer en pijama no me gusta. Parece pederasta.

Tapado: hasta el cuello, la estrechó entre sus brazos vellosos contra su vellosa pecho, y le puso sobre su delicado rostro los pavorosos bigotes me-rovingios.

—No, esta noche, no—gritó Iluska, cruzando las piernas y retorciéndolas como si fueran cordeles.

—Sí—balbuceó él, anhelante: y con una rodilla trató de separar las rodillas de ella.

—¡Déjame, estoy cansada!

Pero él la quiso a toda costa, porque el yacer con una virgen era ya estado de fornicación.

Solamente a las muchachas honradas que se llevan

(1) Derecho de la primera noche, o de pernada.

al altar y a las prostitutas que de la calle se llevan discretamente a la alcoba, se las puede traspasar sin la ternura de un preludeo.

Oprimida bajo su peso, ella volvió de un lado la cara, para defenderse del repugnante oior de brillantina rancia que exhalaban los bigotes de acento circunflejo; y mientras el macho hacía los más desesperados esfuerzos para mostrarse tal, ella leía en la pared de en frente un cartel escrito en cuatro idiomas:

«El propietario no es responsable de los valores que no se le confien. Quien no deje la habitación antes de las primeras catorce horas, se considera...»

Cuando hubo terminado, el profesor se abandonó, medio desvanecido, sobre la frescura de las sábanas.

—¿Duermes?—preguntó poco después a la esposa.

Méltta veía entonces un lago alpino, un gran mechón de árnica esponjoso como una almohada, un maravilloso dosel de infinito, y un hombre que la había tomado por amor, a quien se había entregado por amor, en un abandono completo de todos los sentidos: sus cuerpos se habían fundido de tan admirable manera en aras del amor, que parecían propiamente un solo cuerpo, sin que nadie hubiera podido decir cómo se juntaron. Se había sentido tan íntimamente traspasada que la carne de Mauro le parecía su propia carne, como si ella fuese verdaderamente ella, y la vida verdaderamente la vida, sólo cuando Mauro la hacía suya.

Suspiró.

—¿En qué piensas?—preguntó el profesor, buscándole un pecho.

—En ti.

\*  
\* \*

Museos, armerías, bibliotecas; envió de tarjetas postales; compra de regalos; fotografía de los dos en la plaza de San Marcos, con todas las palomas a su alrededor.

Hacia el fin de la segunda semana estaban en casa, en aquella gran casa, amueblada con cierto gusto, a donde el esposo llevó sus libros, y en donde recibió a colegas y discípulos.

Una mañana Iluska encontró a Mauro.

—¿Te has dejado crecer el pelo?

—Sí. Me estoy aplebeyando. Ya no fumo.

El estaba pálido, agotado por una noche de poker.

—¿Estás contenta con tu marido?

—Bastante.

Y rió.

—¿Te quiere?

—Quiere siempre besarme en la mesa, mientras come. Yo no puedo sufrir los besos con salsa de tomate.

—¿Todos esos son sus defectos?

—Todos esos.

—Eres envidiable, entonces. ¿Te sientes feliz?

—Ciertamente. ¿Y tú?

—Yo soy un vencido; una figura gris; un ser inútil; no he probado nunca la alegría de la conquista: por eso soy un vencido. Mis amores no fueron nunca de conquista, porque yo he sufrido siempre el amor; sufrí el amor de una actriz inquietante; sufrí el amor de una muchacha purísima.

—Sin embargo, tú también me has querido.

—No lo sé.

—Me has querido, hasta cuando decías que me odiabas. Se podrá disimular el amor, pero el odio, no. Y ahora, ¿qué haces?

—Paseo mi desgracia.

—Tu desgracia es un poco de neurastenia, un poco de agotamiento nervioso: enfermedades que se curan con duchas frías y con unos polvos.

—Polvo, de alejamiento. No tengo más remedio que irme.

—¿Irte?

—Tengo deseos de matarme.

—¡Palabras!

—No poseo ya nada.

—Posee: la vida delante de ti.

—Por eso quiero matarme. Porque tengo delante de mí la vida. Es demasiado. Adiós.

Y no lo vió más.

A casa iban muchos jóvenes en demanda de consejo, a consultar con el profesor sus problemas científicos y sus crisis espirituales. El pálido efebo de abundante cabellera y de afilado perfil de estudiante onanista preparaba una tesis de doctorado sobre el divorcio considerado filosóficamente.

—Me asombra, profesor, que sea usted contrario al divorcio, habiéndose casado con una divorciada.

—Me he casado con una divorciada *sui generis*, de género particular—explicó el erudito especialista en historia oriental.—El divorcio presupone el matrimonio, pero el matrimonio presupone la *conjunctio maris et feminae*, es decir, la unión del macho y de la hembra. El matrimonio de la que es hoy mi mujer, fué matrimonio de derecho, pero no de hecho: la acción del ayuntamiento carnal no se había verificado. Yo me he casado, por lo tanto, con una soltera. Mi mujer, casada y divorciada, era virgen.

Las declaraciones del orientalista se difundieron por los claustros de la Universidad; los muchachos se las comunicaron a las señoritas, y éstas a los profesores.

—¿A qué vienen esas risas?—protestó, escandalizado, un profesor de griego.—También yo creo que ha tenido que encontrar pura a su esposa. Si así no fuera, lo hubiera advertido. A un hombre como

Manso Birri que lleva su escepticismo, su duda científica hasta explorar la virginidad de la madre de Gengis-Khan, que vivió hace 700 años, y que a la distancia de 700 años puede demostrar con pruebas filosóficas y anatómicas que la madre del gran conquistador del mundo no fué virgen, ¿le negáis capacidad para distinguir la virginidad de una mujer que se mete con él en la cama?

## 12

Pasaron los días grises, las tardes monótonas, las noches desoladas.

—¡Cuando tengas un niño no te aburrirás más!—la animaba, en tono de augurio, Donatella.

—No tendré hijos.

No los quería. Su único hijo, su hijo verdadero era el que tuvo que nacer de su amor: aquel que lo mató en la clínica blanca de Budapest el cirujano de los dientes de oro.

Los modistos no la interesaban, las reuniones no la atraían. Todo le parecía insulso, manoseado, nauseabundo. Se sentía nacida para lo imprevisto, para lo intempestivo, para lo formidable.

—Un muchacho ha traído esto para la señora—le anunció una tarde la camarera a su regreso presentándole un gracioso cesto de mimbre.

Lo abrió. Una tortuga viva, de escudo centelleante como una pitillera de tortuga, agitaba su bamboleante cabeza, moviéndola estúpidamente.

—¿No hay carta ninguna?

—No, señora. No está más que la dirección.

Reconoció la letra.

—¿La señora no se quita el sombrero?

—No. Vuelvo a salir.

Pero mientras se disponía a salir de nuevo, estremecida por un mal presentimiento, el marido entró, ofreciéndole un periódico de la tarde. Entre dos rayas negras le puso delante de los ojos un nombre:

## MAURO MAURI

**anuncia su propia muerte.**—*Será enterrado mañana, hora 15.—No quiere sobre su tumba ni hierbas ni discursos.*

La mujer se apoyó en el quicio. En otra página del periódico se refería el suicidio de un hombre que, subiéndose a un andamio, abandonado por los albañiles, en una calle muy céntrica, empezó a esputar sobre la muchedumbre endomingada, tirando después el sombrero, la chaqueta y los zapatos. Y acabó con el volteo de sí mismo, desde la altura de un tercer piso a la calle, estrellándose.

Iluska no sufrió apenas. Se sentía como un vegetal, como un organismo sin alma. Tomó lecciones de baile, y se fué a bailar a un club no del todo innoBLE, en donde conoció a muchos jóvenes de mundo, y a señoritas de tarifa fija (cocotas) y de tarifa variable (mujeres honradas). Frecuentó algún que otro salón, alguna que otra sala de té, contrajo amistades superficiales, y recibió ciertas visitas insulsas...

—Pregunta por la señora—díjole una mañana de Junio la camarera, presentándole una tarjeta de visita.

Iluska la leyó y la devolvió.